



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

LAS POSTERGADAS



—Hija, todo se vuelve enviar á Melilla hombres y más hombres, y de nosotras nadie se acuerda... Como si nosotras no pudiéramos hacer mucho daño á los moros!

Pilla

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Cuento, por José Estremera.—El primer discurso, por Salvador Rueda.—El cabrito, por Eduardo de Palacio.—Lo que harían con el moro, por Juan Pérez Zúñiga.—Mendugencias, por Sinesio Delgado.—La imbecilidad del talento, por Luis Calvo Revilla.—Tropiezo, por Rafael Ramírez Rinsler.—Chismes y cuento.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Las postergadas.—La inspiración.—Anuncios, por Cilla.



El sultán de Marruecos no quiere que publiquemos su caricatura, cosa que nos contraría bastante, pues habíamos pensado que Cilla lo retratará envuelto en un felpudo, rodeado de odaliscas y con esta leyenda al pie:

«España podrá haber derramado su sangre valerosamente por causa de los rifeños, pero á mí no me entran moscas.»

Tiene razón el gobierno en prohibir que sea puesto en caricatura un soberano amigo. Nada rebaja tanto á una persona como presentarla, por ejemplo, en paños menores, con un pañuelo atado á la cabeza y unas babuchas de orillo.

De esta guisa ni aun la figura de Moret, con ser esbelta y agraciada, podría salvarse del ridículo.

No estamos en el caso de estropear el físico del emperador marroquí, que tiene una idea muy elevada de sus dotes y no quiere verse feo por nada de este mundo. La última vez que se hizo retratar fueron á presentarle su fotografía y montó en cólera, diciendo:

—¿Cómo? ¿Tengo yo esas narices? ¿Es así como respeta el fotógrafo mi belleza natural? ¡Á ver! ¡Que me lo traigan!

Se lo llevaron, efectivamente, y el emperador dispuso que por de pronto le cortaran la cabeza, y que después ya vería lo que había de hacer con él. Hoy todos los que visitan la corte del sultán retroceden sorprendidos ante el cuerpo del fotógrafo, que aparece diseado encima de una cómoda, como si fuera un jilguero.

Yo no digo que fuese á disechar á Cilla, ni que nos retirara la protección que dispensa á MADRID CÓMICO, pero es muy posible que se le pusiera un humor de todos los diablos y que se torciesen las negociaciones entabladas entre el gobierno español y la diplomacia marroquí.

Mientras sea nuestro amigo, la cosa irá bien, pues se acabará la guerra y volverán á sus casas los reservistas; pero el día que él se incomode... ¡desgraciados de nosotros! Es muy capaz de irritarse y... de coger el cielo con las manos.

Los hombres serios, los que anatematizan las algaradas y desean la paz á toda costa, aunque perezca la nación, se frotan las manos de gusto al leer los telegramas de Melilla.

«Ya no hay nada. El príncipe Araaf tiene poderes amplios para todo. Las tropas han cesado en su actitud belicosa, y están sentadas junto á las chumberas tomando el sol.»

Para manifestar su gratitud á Araaf, por los buenos propósitos que le guían en favor de España, organizase aquí un orfeón de personas pacíficas que se trasladarán á Frajana para cantarles varios trozos escogidos al hermano del sultán.

Dícese que éste ha comenzado á recibir obsequios de gran número de familias pudientes y timoratas. Por de pronto, la mujer de un bolsista, interesado en que no baje el papel, le está bordando una relojera con abalorios para regalársela el día de su cumpleaños. Una señorita de Mondariz, que es novia de un segundo teniente, le ha remitido un pañuelo hecho á cadeneta, con sus iniciales de relieve; y varios amigos del gobierno, partidarios de la paz y

del aguardiente de Monóvar, han iniciado una suscripción para comprarle media docena de calzoncillos y otra media de elásticas con las armas imperiales bordadas en el centro.

—¡Qué agradecida me tiene el Sr. Araaf!—exclamaba ayer una señora que está en relaciones con un músico de contrata.—Gracias á él no habrá guerra y volverá á mis brazos Tromboncete.

—Lo que debe usted hacer es escribirle dándole gracias—le dijimos.

Y ella, ni corta ni perezosa, redactó la siguiente carta:

«Sermo. Sr. D. Muley-Araaf y Gómez.

»Muy señor mío y de mi aprecio: Me dirijo á V. A. profundamente agradecida, pues soy una mujer enamorada que ha visto partir á su amado con dirección á Melilla y creyó que lo perdía para siempre. Gracias á V. A. ya no habrá tiros, lo cual prueba sus buenos sentimientos y lo mucho que se interesa por nosotras, las que tenemos un corazón sensible.

»Me alegraré que al recibo de estas cortas letras se halle V. A. sin novedad, en compañía de sus señoras y demás personas de su aprecio, y queda suya afectísima y segura servidora que besa las babuchas de V. A.—Gumersinda Boliche.»

Ya comienzan á regresar los aficionados á emociones que habían ido á Melilla en calidad de curiosos impertinentes.

—¡Hola, chico! ¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana.

—Y ¿cómo queda aquello?

—¡Oh!

—¿Y los rifeños?

—¡Ah!

—¿Habrás pasado muchos disgustos?

—¡Oh!

—Cuéntame algo de allá.

—Pues aquello es horrible, chico, horrible. Muchas chumberas, ¿sabes? Y muchas piteras, ¿te haces cargo? Y el campamento, ¡oh!... y las tropas, ¡ah!... y Cabrerizas Altas y Camellos...

—¿Vivías allí?

—¿Dónde? ¿En Camellos? No, hombre; yo vivía en la plaza.

—¿En medio de la plaza?

—No; en una casa de huéspedes muy buena. Éramos doce, y teníamos cinco camas nada más, pero en la guerra como en la guerra.

—¿Pero tú vienes de la guerra?

—De la guerra precisamente, no, porque yo no me he batido, pero...

—Vamos, sí; tú has visto la guerra desde la casa de huéspedes.

LUIS TABOADA.

—*—
CUENTO

En un lugar vivía la hermosa Estefanía, que, aunque era una bizarra criatura, teniendo cuatro lustros, todavía no había reparado en su hermosura... (porque las otras mozas de la aldea eran á cual más fea). Solía haber allí más de una riña y celos y desmanes entre los cien galanes que bebían los vientos por la niña. Salsan muchos de ellos á su paso para intentar decirle sus amores; pero ella nunca hacía ningún caso de requiebros ni flores. Dedicábase á prácticas piadosas y, visitando el hospital y el templo, no podía pensar en otras cosas, edificando así con el ejemplo. Viendo aquella piedad sin egoísmo (cualidad tan común en las beatas), estaba el diablo dándose á si mismo, y pensando vivía los medios de perder á Estefanía. Y tuvo al fin la endemoniada idea de llevar á la aldea otra muchacha de hermosura tanta que fuera comparable con la santa. Y el demonio logró lo que quería, pues desde aquel momento Estefanía

empezó ya á pensar en otras cosas
que en prácticas piadosas.
Si antes guardó para el altar las flores
más preciadas y bellas,
fueron después para aumentar con ellas
de su pecho y su cara los primores.
Si no pensó en amores,
á lo menos pensaba á cada instante
quitarle á su rival más de un amante.

.....
Tantísima diablura al fin ha hecho
la cándida doncella,
por competir con la rival aquella,
que el demonio se encuentra satisfecho.

JOSÉ ESTREMEIRA.

EL PRIMER DISCURSO

¡Dios mío, quién lo dijera!
¡verse padre, verse padre,
y sentirse de la patria
ilustre representante!
Encontrar todas las puertas
abiertas para que pase
y poder en el Congreso
levantar un zipi-zape.
Poder decir: «¡Ah, señores,
esto ya es intolerable!»
y hacer pausa unos momentos,
y beber agua y limpiarse.
Poder ver en las tribunas
las damas de rostro afable
decir gozosas: «¡Qué joven,
qué joven, y ya tan... café!»
Poder soltar del escaño
sobre el asiento granate
los apuntes del discurso
con movimiento importante,
y volver á un lado y otro
la faz pensativa y grave,
fingiendo que allá en la mente
se libra fiero combate,
y toser, toser de nuevo,
y por último *arrancarse*
y otra vez clamar furioso:
«¡Esto ya es intolerable!»
Llevar para decir eso
veinte minutos cabales,
y estar pendiente la *Cámara*
de lo que oculto *se trae*
un hombre tan distinguido,
un hombre de tanto alcance,
un mímico tan maestro,
un joven tan... badulaque.
«¡Intolerable, repito
—prosigue haciendo desplantes
y recogiendo el pañuelo
para de nuevo tirarle,—
porque es, señores, indigno,
indigno y hasta cobarde...
¡ver cómo está decaída
nuestra industria del tomate!
¡El tomate! ¡Quién prescinde

en la mesa de gustarle!
Marco Antonio dió á Cleopatra
ese producto adorable,
de la mar entre las ondas
mecidos sobre la nave.
Los Templarios le comieron,
y los dioses y *penates*
que ocuparon en las fiestas
los triclíneos deslumbrantes.
En las negras Catacumbas,
entre recuerdos de sangre,
allí donde un misere
zumba medroso en las naves,
al abrirse los sepulcros
á las turbas execrables,
se encontró ¡pasmó tremendo!
una mata de tomates.
¡Qué más os diré, señores,
si desde Iberia hasta Flandes,
si desde el polo del Norte
al polo... de la otra parte,
el rojo fruto pasea
su bella y purpúrea clámide,
no de otro modo, señores,
que de Hiram libres las naves
cruzaban, cargadas de oro,
el mar de la antigua Gades
(aplausos en las tribunas,
entusiasmo en los semblantes,
y el presidente bebiéndose
la ristra de disparates).
Por tanto, ¡yo os encarezco
pongáis fin á los afanes
de la *industria tomatera*,
que por momentos decae!
He dicho...»

Estalla de pronto
una ovación delirante,
y candidato á ministro
es ya el joven inflamable.
Esto ocurre, sin que alguno
por el cogote lo agarre,
y lo ponga de patitas
en la mitad de la calle.

SALVADOR RUEDA.

EL CABRITO

Ser inocente y cándido, incapaz de suponer una mala partida en
sus semejantes, y aún menos en los hombres á quienes trata.
Para él no hay más aspiración que la de vivir tranquilo, en unión
de su señora y niños que les acompañen.
Siempre cariñoso, se recrea en aquellos pedazos de su corazón, hip-
otéticamente hablando, y con su propia boca (licencia poético-ca-
brera) besa en la frente de cada cual de sus niños los primeros bro-
tes de los graciosos y viriles cuernos.
¡Cuánto enorgullecen al cabrito de bien, al cabrito de su casa,
aquellas reproducciones vivas y naturales de su figura, obras cuya
paternidad le acreditan la historia y parte del círculo de sus rela-
ciones!
Y, sin embargo, ¡cuán triste es el destino del cabrito!
Por algo dijo el gran poeta que era «efímera la vida de las rosas y
la de los cabritos.»
¡Cómo murió aquel infeliz!
Recuerdo á uno que fué mi vecino.
¿Quién había de pensar que la familia con quien vivía fuera ca-
paz de semejante infamia?
El era de un pueblecillo no lejos de Madrid.
De Colmenar Viejo ó de Miraflores de la Sierra, no estoy seguro
de esto.
Mejor dicho, era del campo; se había criado en el campo, al aire
libre, en el regazo de su madre, cabra carifiosa y tierna, entre los

cuidados de ella y los del cabrito de su padre, el jefe de la familia
jugueteadando con sus hermanos, todos cabritillos, y con sus herma-
nas, todas de cabritilla.

Llegó á Madrid, recomendado por su dueño, y se hospedó el in-
ofensivo animal en el piso bajo de la casa en que habitó.

El inquilino era un carnicero.

Disponía de aquellas habitaciones y aun del patio, á más del es-
tablecimiento y despacho de carnes de diversos animales, unos co-
nocidos y tal cual *apocalíptico*.

La carnicera y su hermana, así como el jefe de la familia, reci-
bieron al campesino como á sujeto de distinción en su clase de ca-
brito.

—¡Qué hermoso está!—exclamaba uno, dándole una palmadita en
el lomo.

—¡Y qué fino!

El cabrito significó su gratitud por aquellos piropos inclinando
ligeramente la cabeza y sonriendo con esa amargura que no pueden
ocultar los cabritos.

¡Infeliz!

¡Creía que le adulaban por su finura de modales, y se referían á
la finura de su carne!

—No topa—observaba un zángano, sobrino del carnicero.

Un *maleta* que empezaba á dejarse la *trenza*, que es, como quien
dice: está ya en segundo curso de torero.

El cabrito miró al *diestro* y sonrió con cierta altivez.

¡Qué mirada tan expresiva!

El cabrito era el amo de la casa durante los primeros días.

—¿Dónde está el cabrito?

—Toma, toma, ¿te gusta?

Y obsequiaban al animal con hojas de berza, capullos de coliflor
y, por fin, «con cuanto Dios crió,» que decía una señora que había
sido andaluza y esposa de un investigador de hacienda, caminos y
puertos.

El cabrito abusaba casi de la generosa hospitalidad.

Lo que me parecía cruel, era que no le destinasen otras habitacio-
nes que el patio.

El patio en invierno, y aun cuando sea para un forastero, es sitio
falto de comodidades, hartó fresco.

Pero un día me expliqué aquella aparente falta de atención.

Me parece que fué ayer.

El *maleta*, aquel sobrino del carnicero, incapaz de mirar á un no-
villo frente á frente sino con intermediarios como la barrera, ó una
tapia, ó la puerta del chiquero, entró en el patio.

—Dejarme solo—dijo.

Y el carnicero y la carnicera y la hermana y todos se quedaron
en la puerta.

El *diestro* traía en la derecha un estoque de matar toros y en la
izquierda una muleta.

Llegó hasta la misma cara del cabrito y allí desplegó el trapo.

El animal saludaba, al parecer.

¡Inocente!

Murió mechado.

El carnicero le remató, viendo que su sobrino estaba desgra-
ciado al herir.

—Pues, chico—le dijo,—si continuas así, no va á servir ni el pe-
llejo.

Los vecinos y espectadores de aquella picardía protestamos.

Pero el cabrito pasó al despacho ya en corte de cazadora.

No puedo olvidarle.

Después se repitieron las matanzas, en familia, perjudicando al
matadero y á la higiene.

He sabido que son muchos los que mueren aparte ó en secreto.

Y es lo que decía uno, al morir:

—¡Sea usted cabrito para esto!

EDUARDO DE PALACIO.

LO QUE HARÍAN CON EL MORO

«Si cogieras á un infiel,
¿qué es lo que harías con él?»
á algunos he preguntado,
y lo que me han contestado
lo copio en este papel.

donde vivo con mi esposa
chupando las disciplinas,
por no tener otra cosa.

Un maestro disecado.»

«¿Sabe usted lo que yo haría?
Obligarle á que viviera
un mes en mi compañía,
como otro yerno cualquiera.
¡Con eso le bastaría!

«Si yo á un riffeño cogiera,
buscaría la manera
de castigarle atrocemente.
¿Cómo? Haciendo que siguiera
los pasos á un expediente.

Un oficinista probo.»

«¿Qué haría yo con el moro?
Matarle como maté
por desgracia en Valdemoro
á un toro. ¡Que diga el toro
por dónde le atravesé!

«¿Qué mejor que un navajazo?
Yo cogería de un brazo
al moro, y con disimulo
le metería en el bazo
la navaja de mi chulo.

Pepona la Derrengá.»

«Yo, en vez de faertes tollinas,
diérale esta escuela odiosa

«Yo, si al morito alcanzara,
con un pelotazo de esos

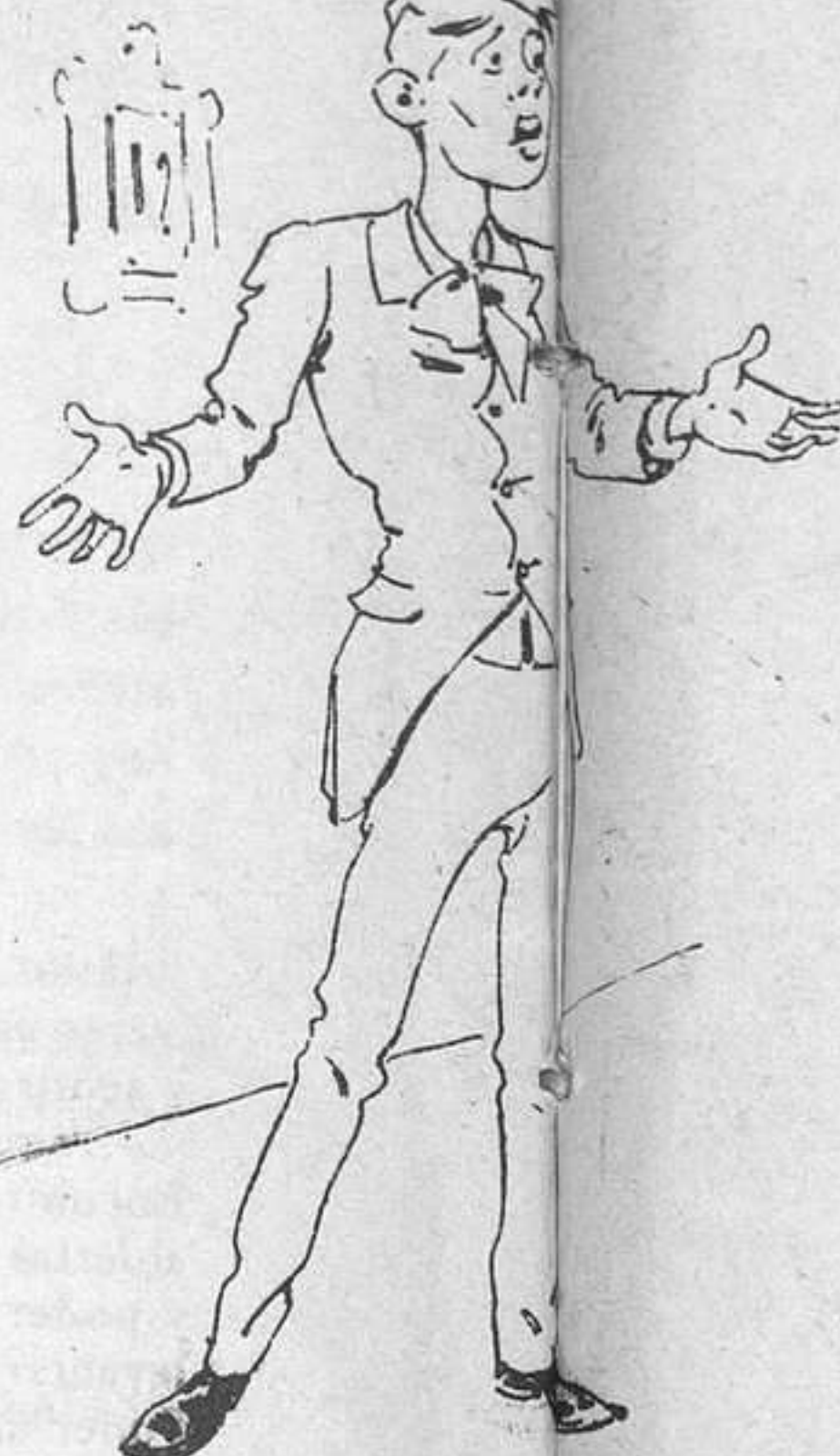
LA INSPRACIÓN



—Mañana es el cumpleaños de mi tía Lorenza, y no tengo más remedio que felicitarla.



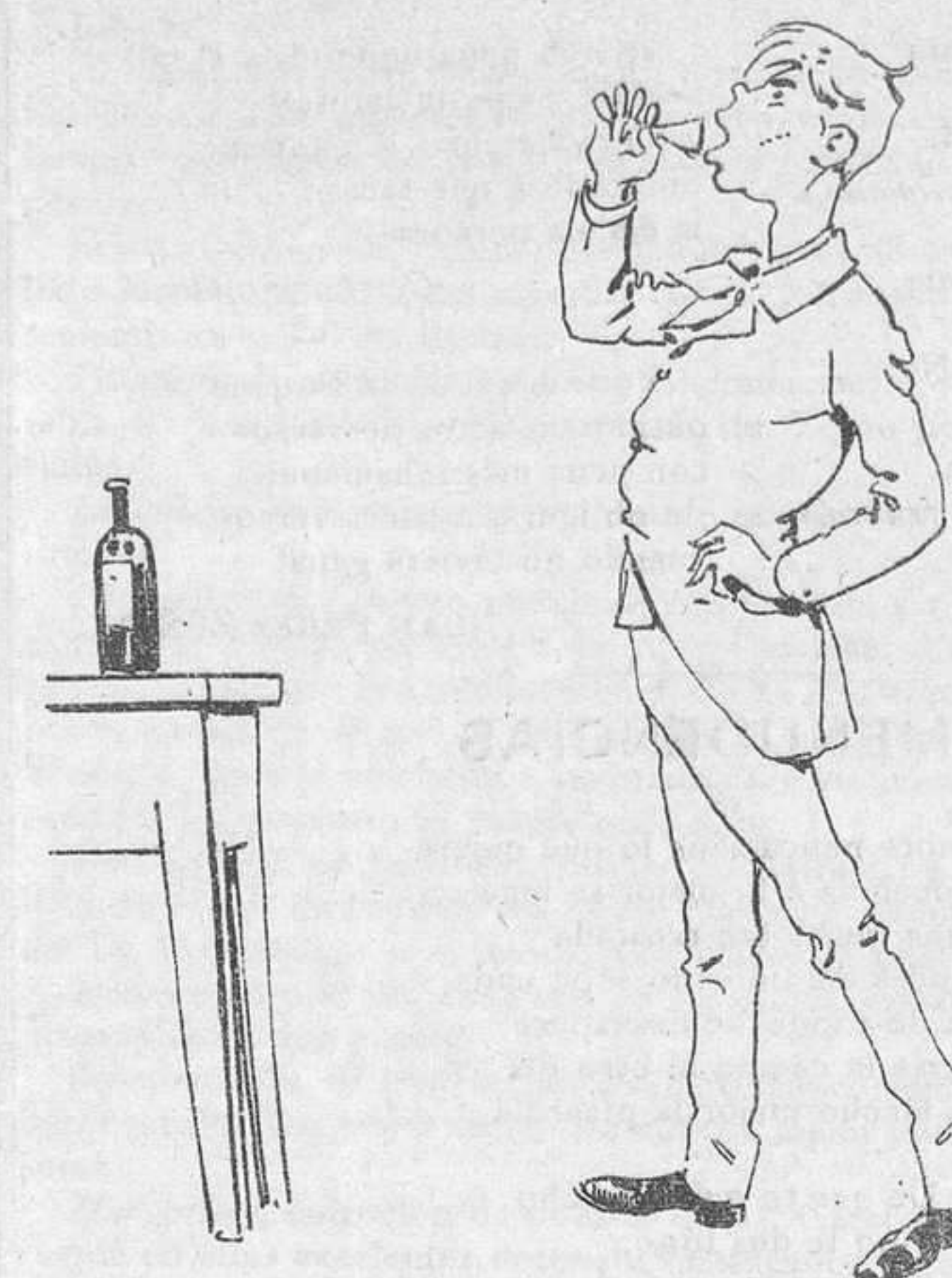
Y el caso es que en verso me agradecería la felicitación extraordinariamente.



¿Por qué no había yo de poder hacer una décima, pongo por ejemplo?



El ron dicen que ayuda mucho a estas cosas...



Vaya una copita.



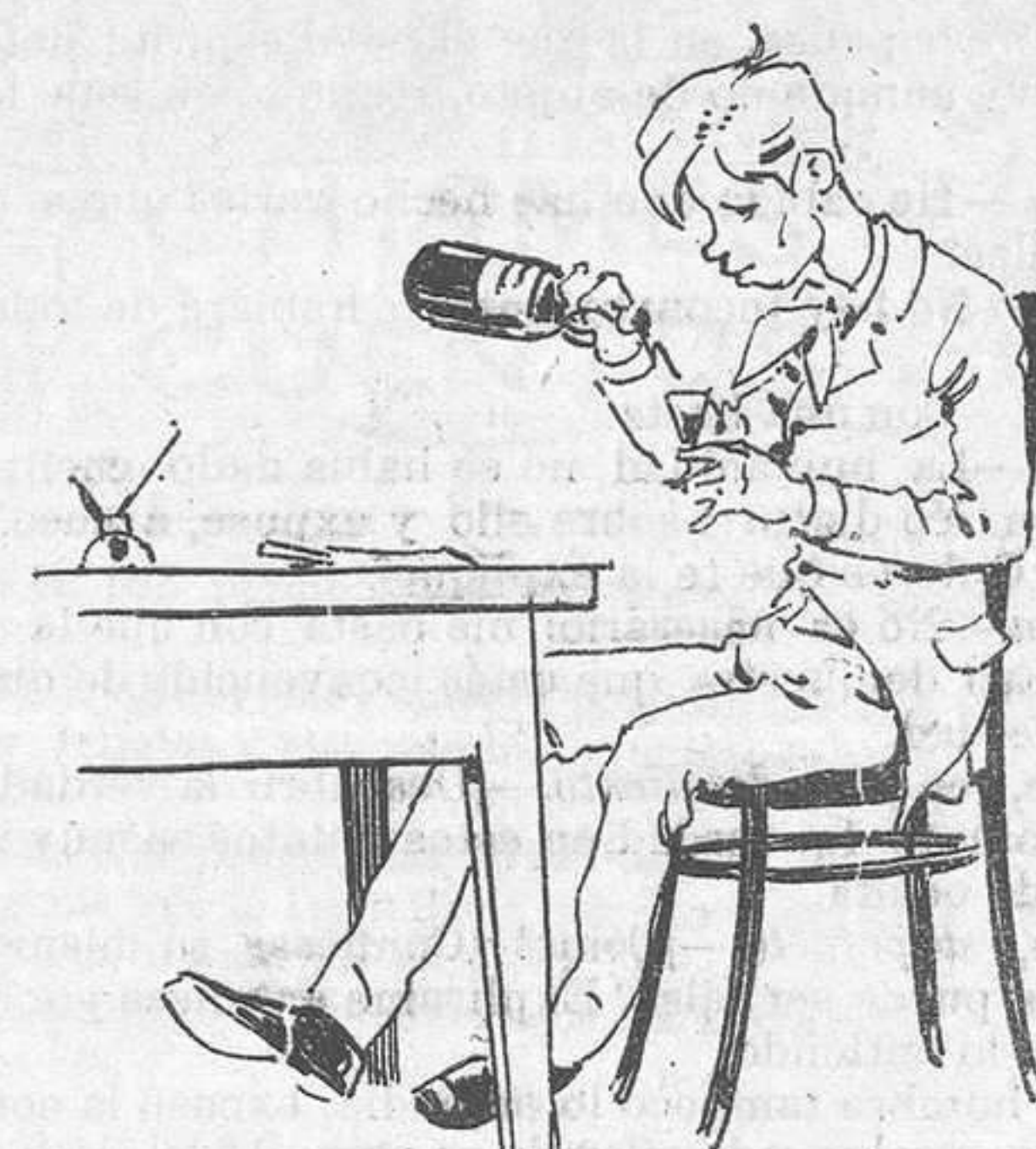
«Dirá usted que sin vergüenza me atrevo yo en este día...»
Ya me han salido dos. Otra copita y acabo la primera parte.



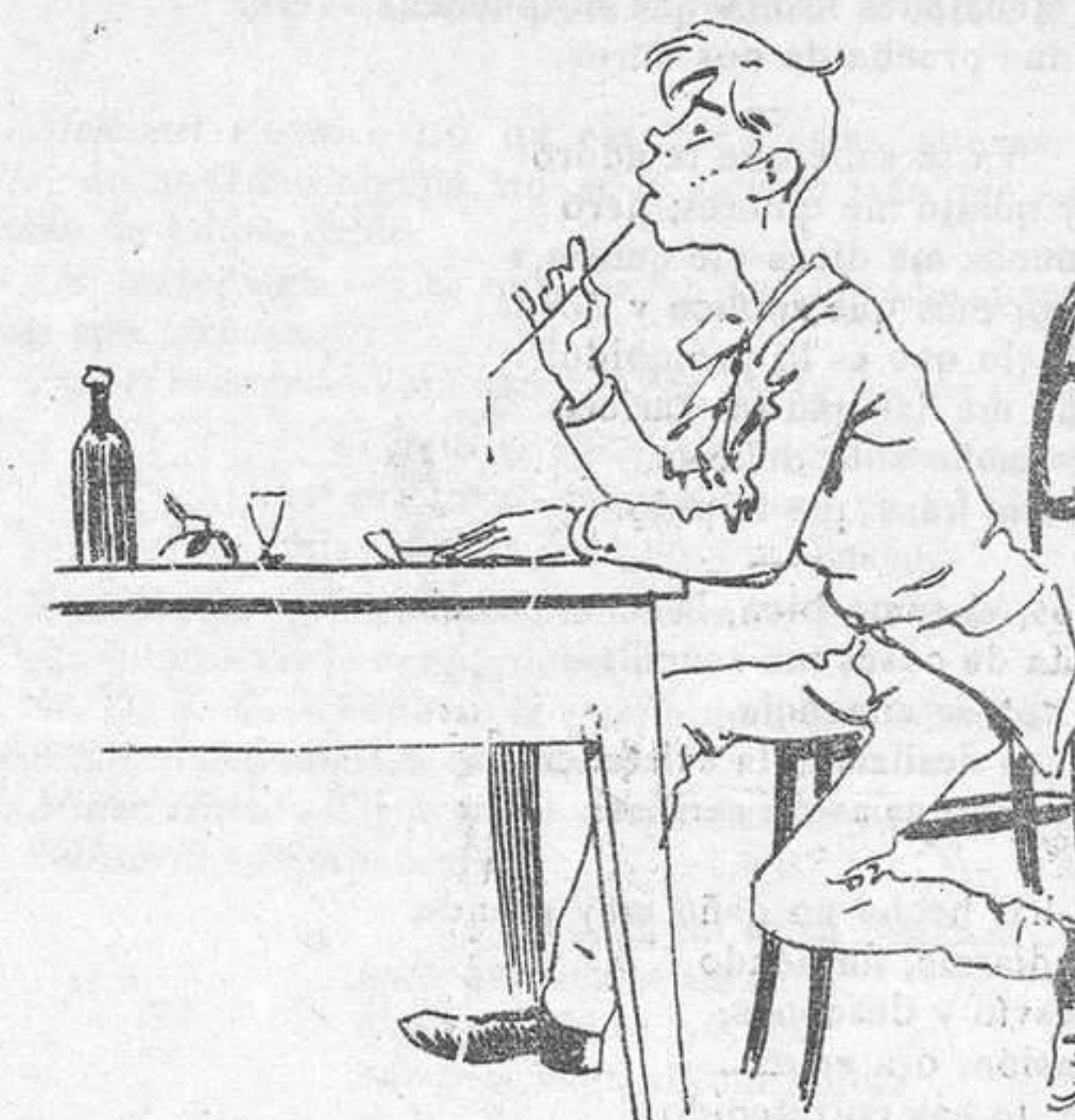
¡Ajá!



«me atrevo yo en este día a felicitarla, ¡oh, tía! ¡querida tía Lorenza!»



¡Divinamente! Lo que no me suena ahora bien es lo de sin vergüenza. Huy que cambiar el consonante Copita en él.



«Por más que el arrojo venza...»
¡No, no! Eso no me gusta poco ni mucho.



El ron es lo que me va gustando verdaderamente.



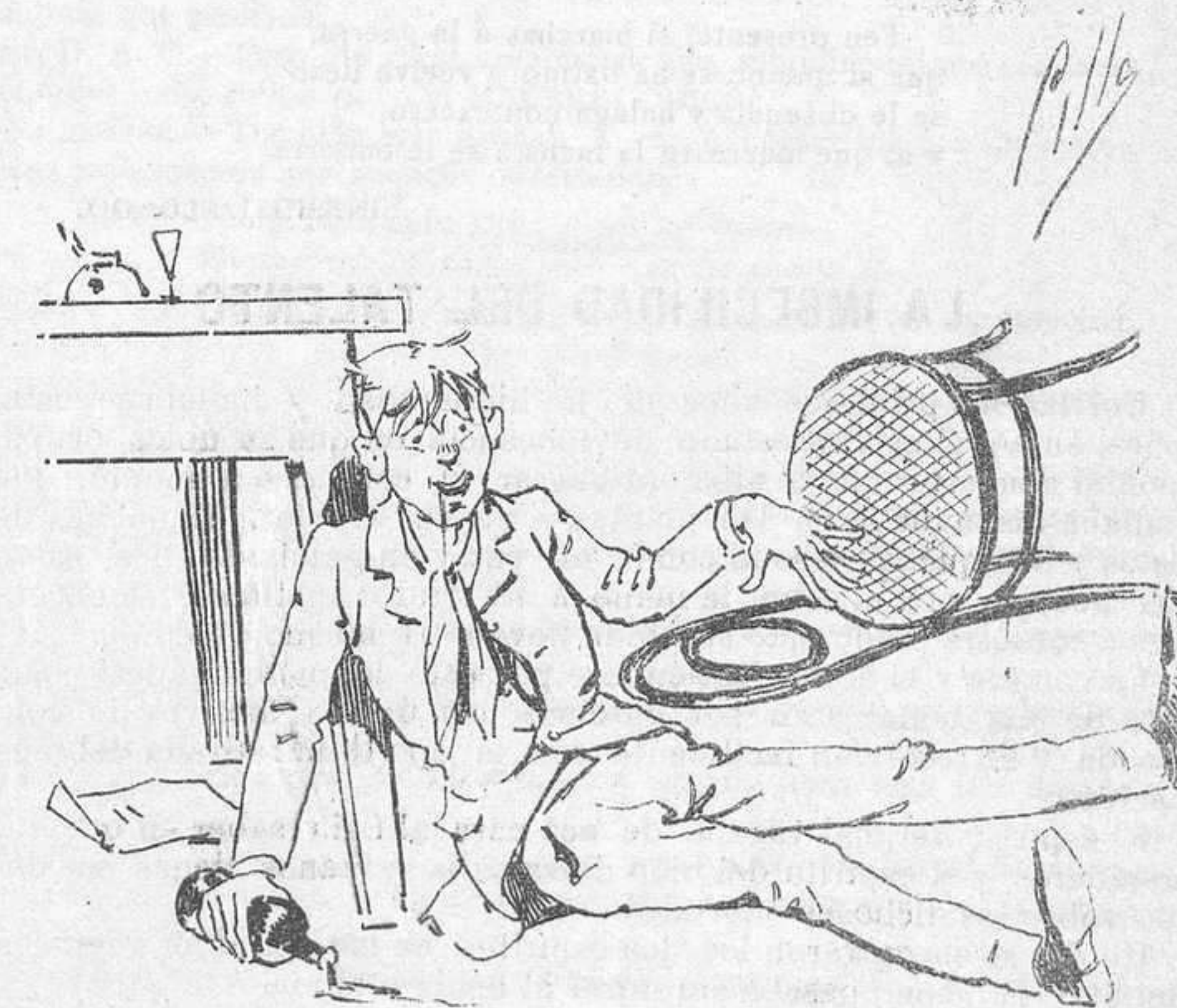
«Dirá usted que me da vergüenza...»
¡Redios! ¡qué largol Hay que quitar una sílaba. La última copita y me sale redondo.



Vergüenza... vergüenza... ¿Dónde estaba yo escribiendo?



¡Vaya si da inspiración esto! Vergüenza, trenza, con-venza, escomienza, concienza... ¡Si resulta que casi todas las palabras del diccionario acaban en enza!



¡Atuzal, digo, ¡atazal... ¡atizal... ¡¡atienzal!

que mueven tanta algazara
le saltaría los sesos
(caso de que los gastara).

Portal mediano.

«Yo haría con una treta
que le llevase Pateta.
—¿Dándole morcilla?—No;
chocolate de á peseta,
de ése que fabrico yo.

Un tendero franco.

«¡Gran pena impondría al tall
—¿Qué pena, la capital?
—Otra que más le enojase:
obligarlo á que sacase
la cédula personal.

Un escarmentado.

Yo le haría al de Frajana
purgar sus actos perversos
con pena más inhumana:
¡le obligaría á hacer versos
cuando no tuviera ganál

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

MENUDENCIAS

El hombre nunca sabe lo que quiere.
Por la inocencia á lo mejor se muere,
y busca una mujer tan recatada
que de lances de amor no sepa nada
y á fuerza de candor le desespere;
para echarse la cuenta al otro día
de que es mucho mejor la picardía.

De que te quise mucho
no te des tono,
puesto que me abandonas
y te perdono.

Los amigos que creas más seguros,
los que más confianza te conceden
te probarán, si llegan los apuros,
que hay amistades firmes que no pueden
resistir una prueba de dos duros.

Ya se sabe que te adoro
y que tú me quieres; pero
nunca me dices «te quiero»,
por más que suplico y lloro.
Y ¡lo que es lo prohibido!
no me halagan tus caricias
y sueño sólo delicias
en la frase que te pide.

Si Dios, el sumo bien, la suma ciencia,
toma nota de cosas tan sencillas,
¿vivián con su anuencia
los que ven deslizarse la existencia
coleccionando cajas de cerillas?

Me has hecho un daño muy grande
al estudiarme, fingiendo
ora desvío y desdenes,
ora pasión, ora celos...
En fin, te has entretenido
como los niños pequeños
que destrazan los juguetes
por ver lo que tienen dentro.

Soy anarquista, ¡abajo lo existente!
menos un servidor, naturalmente.

Ten presente, si marchas á la guerra,
que al que no se ha batido y vuelve ileso
se le obsequia y halaga con exceso,
y al que muere en la lucha... se le entierra.

SINESIO DELGADO.

LA IMBECILIDAD DEL TALENTO

Corrían los primeros años de la humanidad y hallábase ésta, pues, en aquel salvaje estado de inocencia en que su única ocupación al despertar con el alba era buscar el cotidiano alimento, que hallaba diseminado en las plantas y en los árboles. Tomábalo de éstos y de aquéllas y se lo comía en paz y en gracia de Dios, salvo los casos en que, al echar la mano á un fruto apetitoso, se encontraba con otra mano que sin duda llevaba el mismo objeto.

La comida y el amor (entiéndase por esto la momentánea posesión de una dama) eran por entonces los únicos motivos de contentienda, y se resolvían fácilmente con la oportuna retirada del más pacífico.

El espíritu del mal vagaba de acá para allí sin saber en qué entretenerse, y el espíritu del bien derramaba á manos llenas sus dones sobre los dichosos mortales.

Un día se encontraron los dos espíritus en las infinitas regiones del éter. El bueno pasaba sin mirar al malo, y el malo le dijo:

—Vaya su merced con Dios, señor orgulloso; pero no tan ancho, si no le ciega la soberbia. ¿De qué le sirven á la humanidad los bienes que le envía, si ésta no tiene entendimiento para apreciarlos? Hubiérame yo encargado de tal obra, y habría dotado de inteli-

gencia á esos seres para que mis beneficios les fueran provechosos. Hoy ni siquiera se dan cuenta de que existen.

Parecióle al buen espíritu que el malo hablaba esta vez con sobrada razón, y resolvió enviar al mundo, en concepto de prueba, un hombre con talento. Pero apenas realizó su propósito llegó hasta él, partiendo de la tierra, tal estruendo y tan espantosa algarabía, que le obligó á acudir para enterarse de lo que por allá pasaba.

El espíritu del mal andaba muy ocupado entre los hombres fabricando toda clase de males, y la humanidad, en completa rebelión, los utilizaba con ahinco. Esta mudanza en las costumbres no reconocía otra causa que la aparición del ser inteligente. Había éste sometido á la consideración de los humanos las obras de su ingenio y despertado con ello la envidia y el encono. Todos los hombres se obstinaban en ser sabios, y á fin de no someterse á aquella desesperante jefatura, echaban por tierra, valiéndose de la crítica, el mérito del ser superior, ya que no podían igualarle.

Enterado el buen espíritu de lo que en el mundo ocurría, trató de aplicar el remedio oportuno, y á este fin se avistó con el hombre de talento, entablándose entre los dos el diálogo siguiente:

El espíritu.—¿Es posible que tú, ser razonable, hayas incurrido en la torpeza de solicitar el aplauso de la ignorancia? ¿Qué falta te hace que aquélla reconozca tu sabiduría, debiendo tú estar convencido de que la tienes?

El hombre.—¡Necio yo si estuviera seguro de mi mérito! La inteligencia me veda esa seguridad. Ella me dice que no puede uno ser juez en causa propia.

El espíritu.—Más fácil es el error en el ignorante que en el sabio; pero siempre es agradable la modestia y en ti la reconozco. Acatas, pues, el fallo del público, cualquiera que aquél sea.

El hombre.—Si te he de decir la verdad, no lo he encontrado nunca justo cuando me ha sido desfavorable.

El espíritu.—Entonces pudieras evitarte la consulta. ¿A qué, pues, lo has solicitado?

El hombre no supo qué contestar, y á falta de respuesta se rascó en la frente.

Tras una breve pausa, en la que el buen espíritu determinó cambiar de rumbo, aunque no de objeto, reanudó en esta forma su interrogatorio:

El espíritu.—He sabido que has hecho varias obras. ¿Quieres hablarme de ellas?

El hombre.—No hay inconveniente: te hablaré de todas si te interesan.

El espíritu.—Con una basta.

El hombre.—La humanidad no se había dado cuenta del porqué de la creación. Yo discurrí sobre ello y expuse, á poco, una portentosa teoría. ¿Quieres que te la explique?

El espíritu.—No es necesario: me basta con que la califiques de portentosa. Eso demuestra que estás convencido de que has descubierto una verdad.

El hombre, con gran desaliento.—¡Descubrir la verdad! No me juzgues tan ignorante. La verdad en estos asuntos es muy probable que siempre quede oculta.

El espíritu, estupefacto.—¿Cómo! ¿Confiesas tú mismo que tu portentosa teoría puede ser falsa? Explícame entonces por qué la propagaste, que no lo entiendo.

Y como el hombre tampoco lo entendía, excusó la contestación, y después de un prolongado silencio se reanudó la plática.

El espíritu.—El efecto producido con tu aparición en la tierra ha sido, como ves, desastroso. Presumo que estarás convencido de que son inútiles tus esfuerzos para conquistar el lauro que te proponías.

El hombre.—Antes de emprender la tarea, tenía ya previsto este resultado fatal. La humanidad es ingrata y envidiosa.

El espíritu.—Así lo será siempre. Déjate, pues, de repetir tu intento. No consultes de nuevo á la ignorancia; no trates tampoco de inquirir la verdad, puesto que tú mismo afirmas que esto y aquello es perfectamente inútil.

El hombre, con gran energía.—Yo no desisto; continuaré mi obra.

El espíritu.—Dime entonces qué intentas conseguir.

El hombre.—Aplauso universal.

El espíritu.—¿Presumes que llegarás á obtenerlo?

El hombre.—Sé positivamente que el elogio unánime no se consigue nunca.

El espíritu.—¿Piensas acaso que la posteridad aprecie tu mérito é immortalice tu nombre?

El hombre.—Nada hay inmortal en el mundo. El aplauso es mentira; la ciencia puede serlo; la eternidad es una ilusión; pero yo necesito luchar, y lucharé constantemente.

* *

Tras esta afirmación incomprensible del hombre, el espíritu de bien dió por terminada la entrevista, espantado de tanta contradicción, y jurando no visitar ya más este pícaro mundo, se retiró para siempre á las alturas, desde donde exclamó y aun de continuo exclama:

—¡No hay nada más imbécil que el hombre de talento!

LUIS CALVO REVILLA.

TROPIEZO

—¿Dónde tiene usted los ojos?

—Tú eres Pura.

—Perdóname, buena moza;

—Yo soy Lola.

pero ¡calle!

—¿Cómo?

—¡Hola, don Pepe!

—En el café del Pez,

por *mor* de cierta persona, que me pagaba lo mismo la casa que un par de botas, me llamaba Pura; pero me *desparté*, y ahora me llamo como mi madre, que Dios la tenga en su gloria. Lo cual que no crea usted que es ninguna chirigota.

—¿Y ahora estás de más?

—Estoy

asistiendo á una señora *tan y mientras* que me sale un café á *cualquier* cosa para salir adelante, vamos al decir, con honra y con *dimidá*.

—Entendido.

—Usted es *mu* buena persona, porque le gusta alternar y beberse cuatro copas y pagarle á una el puchero si á mano viene, con *loa* la *dimidá* que *tié* el hombre cuando paga, que no es poca. De modo que, si usted quiere,

puede ir á la calle Atocha, ciento cincuenta, segundo de la derecha, á la hora que tenga por conveniente, porque la señora Antonia, que es á la que asisto, *acede*, en cuanto yo abro la boca, á *to* y por *to*.

—¡Vaya, vaya!

—Conque, don Pepe, hasta otra, y no olvide usted el encargo y vaya á verme, y como oiga que en el café del *Inacio* hace falta alguna moza *pa* servir, ya sabe usted, don Pepe, porque le *costa*, que yo he *servio* en provincias y en la calle de la Bola en el *cafetín* del Chato.

—¡Ya lo creo! Conque Atocha...

—Ciento cincuenta, segundo.

—Iré mañana.

—¿No es broma?

—No, mujer.

—Abur, don Pepe.

—Adiós, Pu... digo, adiós, Lola.

RAFAEL RAMÍREZ RINSLER.



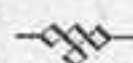
¿Verdad que ya han perdido todo su interés los acontecimientos de Melilla?

En vano ¡ay! mis distinguidos colegas publican partes y más partes, cartas y más cartas, retratos y más retratos, procurando atizar el santo fuego del patriotismo...

La gente lee todo eso como quien oye llover.

Es decir, la gente que lo lee todavía, porque tengo para mí que más de la mitad del público lo pasa por alto.

Y es porque va siendo lo que llamamos una *cargantería*.



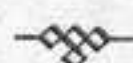
Al tratar del estreno de la última obra de D. José Echegaray, dice un crítico que el drama está plagado de bellezas.

Así, *plagado*.

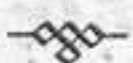
Y es la primera vez que oigo que las bellezas pueden constituir una plaga.

Pero, en fin, cada día se aprende una cosa.

Y vivir para ver, como dijo el otro.



Llueve mucho, aumenta el barro en las calles de la villa, y ni lo barren, ni riegan, ni lo arrastran, ni lo limpian. ¡Si crearán los concejales que tiene gracia bendita que pasemos el invierno con lodo hasta las rodillas!

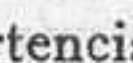


¿Quién decía que habían sido ya robadas todas las iglesias?

Faltaba la de Santa María de Tordesillas.

Pero, anda, que ya no falta ninguna absolutamente, porque también han tenido la bondad de limpiarla hace unos cuantos días.

Y no se pueden quejar las otras.

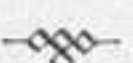


Entre col y col., vaya una advertencia administrativa:

Sean ustedes que en fin de año se aglomeran de tal modo los trabajos de renovaciones, cambios, etc., etc., que por muy solícitos que queramos andar, forzosamente ha de sufrir algún retraso el despacho de la correspondencia.

Por lo cual sería muy conveniente que, desde luego y sin esperar á la terminación del mes, empezaran ustedes á avisarnos cuanto en lo relativo á la Administración del periódico tuvieran por conveniente.

Esto facilitaría grandemente nuestras tareas y... Dios se lo pagaría á ustedes en la otra vida.



Libros:

El ritmo, colección de artículos y poesías de nuestro colaborador don Salvador Rueda, que en este libro prueba, como en los anteriores, sus brillantes condiciones de poeta y su mágica habilidad de colorista. Precio: 2 pesetas.

¡Atol! ¿Quién vive?, juguete cómico-lírico en un acto, original de D. Calixto Navarro, música del maestro Rubio, estrenado con gran éxito recientemente en el Teatro Romea.

Pasatiempos, colección de composiciones serias y humorísticas del notable escritor festivo D. Enrique Labarta. Tomo primero. Precio: 75 céntimos.

La guerra de las mujeres, interesante novela de Alejandro Dumas. Dos tomos.

El bandido de Londres, novela de Ain Sworth, *La guerra de Nizán*, novela por Mery, y *Mariana*, novela de Julio Candeau. Cuatro obras publicadas recientemente por la acreditada empresa de *El Folletín*, que sigue en su tarea meritoria de ofrecer al público libros amenos y notables con increíble baratura. Cada tomo cuesta 1,50 pesetas y á los suscritores el citado periódico les ha costado una peseta nada más.

Versos, por Luis Ansorena. Nuestro colaborador y amigo ha tenido la feliz idea de reunir en tomitos sus celebradas composiciones poéticas, y acaba de dar á la estampa el primero, que tendrá un gran éxito seguramente. Le forman varias poesías, cada una de las cuales bastaría para acreditar una firma. Cuesta una peseta.

Interpretación del Quijote, por Polinou. Libro sumamente curioso que deben consultar los admiradores de nuestra mejor joya literaria. Precio: 5 pesetas.

Margaritas, colección de poesías de D. Gerardo Alvarez Limeses, que revela en ellas excelentes dotes de versificador y poeta. Precio, 2 pesetas.

Tragaldabas, zarzuela en un acto y en prosa, original de D. Eduardo Villegas, música del maestro Torregrosa, estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava, donde continúa representándose.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Mohamel Verzas.—Lo de escribir á estas alturas versos dedicados á ella, sin novedad alguna, no se le ocurre más que á un moro, de los que están de jaique caído.

Un anarquista.—Las que tienen más gracia pecan de atrevidas. ¡Ay! casi son atroces.

Pepe el minero.—Verá usted. Dice así la primera quisicosa de ésas:

«Como el choque de acero contra acero
así es el ruido que produce en mi alma
mis deberes contigo y mi deseo.»

Y el diablo que lo entienda. Además, ¿mis deberes y mi deseo *produce*? ¡Mala bomba en la concordancia!

Sr. D. R. C.—Todo se le puede dedicar á España menos eso, porque está ahora tan abatida la pobre...

Mister Ham.—Tiene poco de particular verdaderamente.

Fierabrás.—Empecemos:

«Te escribo, mi buen Pascual,
para que sepas amigo
que he salido Concejal
haber si hago allí un abío.»

Y, mire usted, ni *abío* se escribe así, ni es consonante de *amigo*, ni todo el monte es orégano.

Biscochos de Catalunyaud.—Pedestre como él solo es el romance, y poquísima gracia tiene el lance.

Sr. D. M. S. G.—Gracias por el bombo. Pero ¿cómo voy á publicarlo yo mismo? ¡Algunos han salido contra mi voluntad!

Perfiles.—Serio, más que serio triste, y más que triste mediano, y... nada más que mediano.

Sr. D. A. C.—Pero ¿de veras cree usted que, suponiendo que eso fuera bueno del todo, *encajaría* en el MADRID CÓMICO?

Un andaluz.—También muy formal. Y voy á copiar los dos primeros versos para hacerle una pequeña advertencia:

«Jurastes ante Dios al ser mi esposa
de no manchar tu nombre que era el mío...»

No se dice *jurastes*, sino *juraste*, y no se dice *juraste de* no manchar, porque lo prohíbe la gramática terminantemente.

Jaid el Kabder.—Dispésete Alá, pero no veo las puntas de la composición ni del epigrama.

Rui Gómez.—Tiene salero, hombre. Hace usted una silva de noventa versos contra los poetas malos, y resulta usted ser muchísimo peor que los propios cosecheros. Tenga la pluma satírica, amigo, que lobos con lobos no se muerden.

Sr. D. L. U.—¡Vaya, que también los vizcaínos tienen gracia guasona algunas veces!

Sr. D. J. D.—Lo siento de veras, pero no me es posible aprovechar menudencia ni cantar alguno.

Fakir Tarid.—Algo de gracia sí tiene el asunto, pero está tan diluido que no puede ser más.

Pajujo.—No tiene nada de particular, y perdona, ¡oh joven! Es decir, algo sí tiene, puesto que tiene unos *lavios* con *v*, que no son de los que se usan en cara de cristianos.

Kimmond.—Buena defensa hace usted de las mujeres! ¡Era lo único que les faltaba á las pobres!

Lat. Madrid Cómic. Jesús del Valle, 36

ANUNCIOS



En las noches y en los días en que terrible y traidor va sembrando pulmonías el cierzo devastador, ¡caramba! ¡qué bien se está sin pasmo ni frío alguno en una cama del *Bazar de la Plaza de la Cebada, número uno!*



Las camisas de *Martínez* me parecen tan bonitas, que así es como ando en Diciembre para lucir la camisa.
San Sebastián, 2.



Tienes el color cetrino. ¿Estás enfermo, Mariano? Pues dí que te sirva el vino la bodega de *Medrano*.
Plaza de Matute, 9.



Tuve un flemón y un raigón, á *Tirso* auxilio pedí, me le dió al punto y salí sin raigón y sin flemón.
Mayor, 59.



Tú me truecas en placer la pena que en mí se anida. ¡Tú me devuelves la vida, *Cognac fino de Moguer!*
Guinea.—Carretas, 27.
Depósito de vinos.—Arenal, 2.



—¿Qué quieren esas gentes que con afán se agrupan, se empujan y amontonan y la ancha acera ocupan, dejando intransitable la calle de Alcalá?
—Pues ver *mosaico hidráulico, baldosas especiales, estatuar de mayólica, jarrones colosales y mil cosas magníficas que un rey envidiará.*
Escofet, Fortuny y Compañía.
Alcalá, 18 (Equitativa.)



Ciudadanos: Preparad la cena de Nochebuena, y la comida y la cena de Pascua de Navidad. ¿Cómo? ¡Comprando sin miedo ó encargando á la patrona rico *Turrón de Jijona y Mazapán de Toledo!*

ÚNICO DEPÓSITO
Plaza del progreso, 12.
Molino de chocolate de *Ranero.*



¡Ojalá, niña hechicera, este amor, esta locura te duraran lo que dura un pantalón de *Pesquera!*
Magdalena, 20.



—¿Quieres que en prueba de amor te compre en seguida un chal?
—No; si has de hacerme el favor, tráeme *Coldcream virginal*, que es muchísimo mejor.
Farmacia de Torres Muñoz.
San Bartolomé, 7, y San Marcos, 11



M. García Carrasco vende muy buenos sombreros, no como otros sombreros que dan hongos que dan asc.
Carretas, 26.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS
MARCA  REGISTRADA
JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Toda la correspondencia al Administrador.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

BIBLIOTECA DEL MADRID CÓMICO

<i>Fábulas y cuentos</i> , por José Estremera...	2	pts.
<i>Migajas</i> , por J. López Silva.....	2	"
<i>Pólvora sola</i> , por Sinesio Delgado.....	3	"
<i>Titirimundi</i> , por Luis Taboada.....	3,50	"
<i>Guasa viva</i> , por Juan Pérez Zúñiga.....	3	"
<i>Almendras amargas</i> , por Sinesio Delgado.....	3	"
<i>España cómica</i> , álbum.	26	"